

Estas festividades litúrgicas, que son pasos obligados durante el año, se convierten, más o menos, en ocasión de fiestas familiares. La forma sigue siendo la misma, pero adquiere otro sentido. Navidad, por ejemplo, se disociará del nacimiento de Jesús en Belén para convertirse, progresivamente, en la festividad de los niños. De este modo, la familia se apodera de las fiestas cristianas para autocelebrarse.

El árbol de Navidad

El árbol de Navidad proviene de los países escandinavos. Los suecos lo llevaron consigo durante la Guerra de los Treinta Años (primera mitad del siglo XVII) a Alemania, donde no se popularizó hasta comienzos del siglo XIX. Todavía en 1765, Goethe, que se encuentra en Leipzig en casa de un amigo, se sorprende mucho al ver en la casa un árbol de Navidad (no obstante, la costumbre de poner en las casas un árbol de Navidad se halla atestiguada en las usanzas de la ciudad de Estrasburgo en 1605...).

En 1840, la costumbre alemana se introduce simultáneamente en Inglaterra y en Francia. En Inglaterra, por obra del príncipe Alberto, esposo de la reina Victoria. En París, gracias a la princesa Helena de Mecklemburg, duquesa de Orleáns, y de las familias protestantes de Alsacia y de Alemania. Durante el Segundo Imperio, la tradición del árbol de Navidad se instala definitivamente, favorecida por la emperatriz Eugenia. Los alsacianos y loreneses que emigraron tras la derrota de 1870 contribuyeron a su difusión. Para Littré y Larousse, el «Árbol de Navidad» no es más que una «gran rama» de abeto o de acebo adornada y provista de dulces y de juguetes destinados a los niños.

A finales de siglo da la impresión de que la costumbre se ha «nacionalizado»: todos los años se les envían árboles de Navidad engalanados lo mismo a los misioneros de Groenlandia que a los colonos de África. En los ambientes familiares son más o menos parecidos a los que conocemos en la actualidad.

El «nacimiento»

En 1863, Littré no habla en absoluto de «nacimientos», ni en las iglesias ni en las casas. Algunos años más tarde, Larousse no menciona más nacimientos que los de las iglesias, nacimientos vivientes y parlantes, y ello para fustigar ampliamente los nacimientos provenzales. Son, en su opinión, irreverentes, porque mezclan lo sagrado y lo profano y hacen reír a los fieles. Sin embargo, se aprecia un progreso: el ángel procura hablar en francés en lugar de hacerlo en *patois*. Ya es tiempo de acabar con las viejas tradiciones ...

Sin embargo, los nacimientos instalados en las casas católicas durante las Navidades debían de ser numerosos, si hemos de creer a monseñor Chabot, en 1906. Vende, en efecto, más de treinta mil al año, que cuestan entre 20 y 3.000 francos. El nacimiento supone siete u ocho personajes cuando menos.

Los nacimientos marseleses, con sus figuras de arcilla de origen italiano, tienen derecho a una mención particular. Porque, además



El pino de Navidad, introducido en Francia hacia 1840, se implantó definitivamente en todas las familias en 1900. (París, Bibl. de las Artes decorativas.)





de los personajes sagrados tradicionales, cuentan con figuras profanas como el afilador, el tamborilero, el extasiado, el molinero, el panadero, etc. La modernidad se cuele de rondón bajo la forma de casas de cuatro o cinco pisos que se iluminan en la oscuridad mediante una bujía, y de locomotoras de vapor...

*El ejemplo
alemán*

Antes de que el pino de Navidad se importara a Francia, había sus más y sus menos sobre esta costumbre alemana. Es curioso observar que suele hablarse sobre este particular en tono de lamentación, como si el pino hubiese sido una tradición francesa caída en desuso. El día 20 de diciembre de 1830, deplora *La Gazette des ménages* que en Francia y sobre todo en París «la generación actual conserve tan escaso apego a los viejos usos», al revés que Alemania, modelo de tradiciones domésticas.

En diciembre de 1849, *Le Journal des jeunes filles* evoca con pareja emoción las costumbres alemanas, lamentando que los Franceses no sepan explotar la atmósfera de lo mágico: en Alemania, los aguinaldos «descienden del cielo», traídos por el Niño Jesús o «Cristo Niño». Francia debiera seguir el modelo alemán y convertir las fiestas de fin de año en ocasión de reunión de las distintas generaciones en torno del hogar doméstico, en particular en casa de los abuelos.

Las ideas de 1830 y las de 1849 son idénticas. A propósito de las conmemoraciones de fin de año, lo que hacen es glorificar la vida privada. A raíz de dos revoluciones, se considera que la estabilidad de la vida familiar es lo opuesto a la inestabilidad de la cosa pública: «Las alegrías de la familia, concluye el periodista de 1849, son el



De origen escandinavo, el pino de Navidad pasó por Alemania, antes de llegar a Francia. (París, Bibl. nac.)

único lugar y la única felicidad que las revoluciones no pueden arrebatarnos jamás.»

En 1866, consagra Gustave Droz un capítulo de *Monsieur, Madame et Bébé* el Año Nuevo en familia. Son las siete de la mañana cuando el pequeño llama a la puerta de la habitación de sus padres para desearles «un feliz año». El padre lo atrae al lecho conyugal, la doncella acude a encender la chimenea y, en medio de esa dulce atmósfera, llega el momento de los regalos. Y Gustave Droz se dedica a reivindicar y glorificar la felicidad familiar como lo más precioso que existe. La jornada queda toda ella señalada por encantadoras escenas de familia.

El día primero del año se convierte así en un concentrado de todas las delicias familiares, en el que la familia se revigoriza antes de penetrar en el año nuevo. En 1866, ya no hay necesidad de referirse al ejemplo alemán. Droz nos ofrece su descripción como la de un estado de hecho. Hay que pensar que, cuanto más se avanza en el siglo XIX, más arraiga en los espíritus la certidumbre de que el hogar proporciona una dicha preciosa e irremplazable. Los niños se convierten en los protagonistas de la fiesta.

El término *réveillon* (que en Francia designa habitualmente la Nochebuena) es «una cena extraordinaria que se celebra a medianoche. Particularmente, la que tiene lugar durante la noche de Navidad» (Littré, 1869). No se menciona el verbo «*réveillonner*» (lit. «despertarse» para celebrar la Navidad). Littré pasa también

*La dulzura
de las fiestas
familiares*

*Nochebuena
y aguinaldos*



Libros para el padre, cofrecitos para las damas, un caballo sobre ruedas para el pequeño, un álbum para la niña, enternecimiento para todos. Todo el mundo respeta el ritual de los regalos de Año Nuevo. (Eugène Devéria, *Regalos de Año Nuevo*, 1846.)

por alto la noche de San Silvestre. No he encontrado ninguna alusión a festejos o cenas familiares en la noche del 31 de diciembre. Flaubert, en su *Correspondance*, se acuerda de haber aguardado una vez la medianoche de ese día fumando, y otra vez pensando en las musarañas.

En las familias católicas, se asiste a la misa de medianoche y, a la vuelta, se cena. Como es costumbre dejarles libre la noche de Navidad a los criados, es una cena reducida. Hay dos platos tradicionales, la sopa o crema de vainilla con barquillos y la morcilla asada, y algunos platos fríos como el pavo trufado, o, como las frutas escarchadas, de postre.

Se hacían para la Navidad toda clase de pasteles según las distintas provincias, barquillos, galletas y empanadillas, pero no hay indicios del pastel (*bûche*) de Navidad que conocemos ahora. La *bûche* de Navidad no es, durante el siglo XIX, sino un tronco (*bûche*) que se mete en la chimenea la noche del 24 de diciembre, para que mantenga el fuego durante toda la vigilia, y que es el resto de una vieja tradición rural en virtud de la cual se velaba durante toda la noche de Navidad para asistir a la misa de madrugada.

De origen católico, la Nochebuena (*réveillon*) se generaliza como fiesta profana a lo largo de la segunda mitad del siglo, hasta el punto de que los *Usages du siècle* pueden afirmar, en 1908: «Todo el mundo celebra la Nochebuena.» Los creyentes cenán después de la misa de medianoche, mientras que los profanos, por su parte, han

adoptado la costumbre de ir al teatro y cenar después. Ya no hay necesidad de un pretexto religioso para celebrar la Navidad. Es la reunión familiar o amigable la que se convierte en única razón de ser de la fiesta. En el menú de Nochebuena se conservaron el pavo y la morcilla asada, pero la sopa de vainilla se sustituyó por un consomé caliente. Por cierto, nos llega de Inglaterra una moda: el *pudding*, símbolo de *Christmas*. Hay revistas que recogen la receta, por ejemplo *Fémina*, el 1.º de enero de 1903 (otro uso inglés que intenta pasar a nuestras costumbres: el de abrazarse bajo el muérdago; *Fémina* lo ilustra con una fotografía el 15 de diciembre de 1903).

Los aguinaldos son en principio unos regalos que se hacen el 1.º de enero, de acuerdo con una antigua tradición. Pero adoptan la forma de unas gratificaciones obligatorias a la servidumbre, al portero, al cartero... que transforman el día primero de año en jornada de ruinosas cargas. Los periódicos se divierten con ello. En enero de 1830, *La Mode* publica un juguete escénico (en un acto) titulado: «Año Nuevo, o los regalos alimentan la amistad.» La obrera pone en escena a un individuo asediado por todos aquellos —desde su ayuda de cámara hasta su esposa— que aguardan sus aguinaldos.

Pero los aguinaldos designan también, de modo más amplio, los regalos hechos durante todo el período de las fiestas de fin de año. Hay quienes, como Mme. de Grandmaison, en 1892, tratan de organizarlos: por Navidad, regalos a los niños; por Año Nuevo, aguinaldos a los adultos. En realidad, la distinción es difícil de llevar a cabo, porque no es infrecuente que se obsequie también a los adultos en Navidad, y a los niños igualmente con ocasión del Año Nuevo. Se acaba llamándolos a todos indistintamente «aguinaldos».

Los niños, la noche de Navidad, ponen sus zapatos ante la chimenea, con la esperanza de encontrarlos llenos a la mañana siguiente. ¿Por obra y gracia del Niño Jesús? ¿De papá Noel? Da la impresión de que han coexistido los dos personajes, mientras que el segundo le ha ido tomando paulatinamente la delantera al primero.

El diccionario Robert de los nombres propios dice de papá Noel que aparece en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX. Se da a entender que procedía de América y sería una creación de origen comercial. Que el comercio haya contribuido al éxito del personaje es algo indudable, pero no lo ha inventado. Habría que pensar más bien en San Nicolás (Santa Claus), cuya fiesta es el 6 de diciembre, y que, en los países nórdicos, es quien les trae los regalos a los niños que se portan bien, al tiempo que su compañero, papá Fouettard, deja unas varas para los desobedientes. Lo probable es que este personaje fuera importado en los Estados Unidos por inmigrantes escandinavos y alemanes, y que una vez allí se «comercializara».

Dicho esto, y aun cuando no tuviese, a comienzos de siglo, la importancia que iba a adquirir después, papá Noel, tal como lo conocemos nosotros, estaba implantado ya en París efectivamente: George Sand cuenta, en *Histoire de ma vie*, las Navidades de su niñez (tenía seis años en 1810): «Una cosa que no he olvidado es la

*Los zapatos
de Navidad
y los regalos*



Estos niños, con los mocos recién limpios, de punta en blanco, acuden a saludar con sus balbuceos y a enseñarles sus dibujos a los abuelos, mientras los ojos se les van a los juguetes que los aguardan. Obsequios recíprocos del ritual familiar anual. (París, INRP, col. histórica.)

creencia absoluta que yo tenía en el descenso por la chimenea de papá Noel, un viejecito de barba blanca, que, a medianoche, vendría a depositar en mis zapatitos un regalo con el que me encontraría al despertar. ¡Medianoche! ¡Esta hora fantástica que los niños no conocen y que se les presenta como el término imposible de su vigilia! ¡Qué increíbles esfuerzos no haría yo a fin de no dormirme antes de la aparición del viejecito! Sentía a la vez un vivísimo deseo y un inmenso temor de verlo: pero jamás conseguía mantenerme despierta hasta entonces, y a la mañana siguiente, mi primera mirada era para mi zapato, junto al hogar. Qué emoción me causaba el envoltorio de papel blanco, porque papá Noel era de una extremada pulcritud y nunca dejaba de empaquetar con todo cuidado su ofrenda. Yo corría descalza a apoderarme de mi tesoro. Nunca se trataba de regalos magníficos, porque no éramos ricos. Era un obsequio modesto, una naranja, o simplemente una preciosa manzana roja. Pero me parecía algo tan maravilloso que apenas si me atrevía a comérmela (...).»

Papá Noel no tiene nada que ver con el nacimiento de Cristo, y la Iglesia católica se opuso durante mucho tiempo al personaje. Entre los creyentes, era el Niño Jesús quien les traía los regalos a los niños en la noche de Navidad. Según Francisque Sarcey (*Annales* del 22 de diciembre de 1889), los niños «le ven atravesar los aires apretando contra su pecho sus manos llenas de regalos y juguetes; le sienten sobre ellos, bondadoso y justo; piensan que con Él no valen tonterías, o de lo contrario... los zapatos se quedarán vacíos».

Pero esta imagen no arraigó, y la Iglesia, incapaz de detener el avance de papá Noel con su ropaje rojo, su barba blanca y su saco rebosante, lo recuperó convirtiéndole en el fiel mensajero del Niño Jesús que garantiza una sencilla moral de la retribución.

Tradicionalmente, durante el mes de diciembre, los periódicos abren una sección para los aguinaldos. Les sugieren a sus lectores ideas para los regalos, muchos de los cuales son específicamente femeninos: confidentes, «costureros» (muebles reducidos que contienen todo lo necesario para las labores de aguja), «insignificantes objetos de tocador», papel de color para cartas, perfumado y satinado, o tarjetas de visita con ornamentación de fantasía. Se habla, a propósito de tal o cual objeto, de «bonito regalo para una mujer», lo que no se dirá nunca de un objeto destinado a un hombre. La categoría de los regalos típicamente masculinos no existe aún en el siglo XIX. A lo más se citan, aquí o allí, estuches o «neceseres» (*nécessaires*) «para Caballeros y Damas». Pero esto no significa que los hombres no tengan regalos, sino que no se habla de ellos.

Para los niños, el regalo más refinado, en 1836, es un teatrillo: «Un espectáculo oriental que representa una danza de guiñol interpretada por figuritas que se mueven ocultamente.» La publicidad de otros juguetes se basa en su propósito de reproducir la realidad: el molino con agua de verdad, los pájaros que cantan, las muñecas «casaderas» con sus ajueres completos. Las muñecas siguieron siendo siempre valores seguros. Los osos de felpa aparecen a comienzos del siglo XIX. Teddy, el oso americano, data de 1903; Martin, el oso francés, de 1906.

De acuerdo con el *Larousse du XIX^e siècle*, si bien los regalos destinados a los niños siguen siendo los caprichos de la moda, la tendencia reciente es cultural: «Los buenos y atractivos libros tien-

Juegos de interior para niños formales, o el teatro en casa. Polichinela, Guiñol y compañía pueblan la imaginación y animan el diálogo infantil. (París, Bibl. de las Artes decorativas.)



den poco a poco a reemplazar las costosas inutilidades de la solemnidad del 1.º de enero.» Hay que tener en cuenta el entusiasmo del diccionario por la pedagogía y el progreso, pero no deja de ser cierto que, de un extremo al otro del siglo, los periódicos aconsejan que se regalen libros y proporcionan indicaciones bibliográficas (ver, por ejemplo, *La mère de famille*, diciembre de 1834, y, en diciembre de 1880, *La femme de la Famille, journal des jeunes personnes*).

Las muchachas que llevan su diario anotan los obsequios que han recibido o que reciben sus allegados. Los regalos que los padres les hacen a sus hijos con ocasión de las fiestas de fin de año no son únicamente una fuente de placer inmediato, sino también una inversión para el porvenir: los niños se acordarán de ellos más adelante, habrán capitalizado unos placeres y los conservarán en su memoria. Así es como se fabrica la nostalgia de los adultos, que a su vez habrán de transmitir a sus hijos.

*Felicitaciones
y visitas
de Año Nuevo*

Como en reciprocidad por los aguinaldos que reciben, los niños presentan sus felicitaciones a sus padres con ocasión del Año Nuevo. El 29 de diciembre de 1877, escribe Élisabeth Arrighi: «Nosotros preparamos también nuestros regalos para papá, nos aprendemos juntos, Pierre, Amélie y yo, *Le petit Savoyard*, y lo copiamos sobre una hermosa hoja de papel; luego me he aprendido un fragmento a dos manos, y otro a cuatro que tocaré con mamá; Amélie ha aprendido una pieza a cuatro manos que tocará conmigo.»

El primer día del año hay que felicitar a la familia próxima: padre y madre, tíos y tías, hermanos y hermanas. La víspera se reserva a los abuelos y a los superiores. Los ocho días siguientes son para los primos y otras personas allegadas, la quincena para los íntimos, y el mes entero para los simples conocimientos. Todo lo cual representa un considerable número de visitas que hacer y de tarjetas de felicitación que escribir.

Por esto precisamente, para evitar tener que desplazarse demasiadas veces, es frecuente contentarse con remitir, a domicilio, mediante un criado o gracias a los servicios de alguna agencia, las tarjetas de felicitación. *Le Figaro*, del 24 de diciembre de 1854, subraya lo paradójico de esta costumbre parisiense. Los destinatarios de tales tarjetas aparentan desdeñar «estas atenciones a tres francos el centenar». Pero si se prescinde de ellas, esas mismas personas no dejarán de decir: «Fulanito carece de formas: ¡ni siquiera me ha enviado una felicitación de Año Nuevo!»

*Pascua
y Todos los Santos:
los cambios
de estación*

Por lo que se refiere a las tarjetas de visita que se envían por correo, son legión: a finales de siglo, las oficinas postales de París ven pasar más de un millón el día 1.º de enero. Cuenta la condesa de Pange que escribía y recibía ella sola alrededor de cinco mil tarjetas de felicitación...

La Pascua —Semana Santa— es una fiesta importante, desde múltiples puntos de vista. Desde un punto de vista religioso, en primer lugar, puesto que todo cristiano ha de «cumplir con Pascua», es decir confesarse y comulgar en alguno de los días de la quincena